

# ANGELA MOLINA, O ESE CUERPO ES UNA MINA

LOS Molina siempre tienen algo que es una mina. Antonio, con su cabeza a rizos y su trino cañí de canario flauta hambriento de alpiste, tenía una voz que fue una mina para él y para Cesáreo González, porque sería Cesáreo González el empresario cinematográfico que se puso las botas con él, vamos, no va a ser Emiliano Piedra. Antonio Molina nos trajo las penas del pobre presidiario, nos dio de beber agüita de la fuente del Avellano cuando los tiempos no estaban todavía para el Reserva Dyc diez años. Hasta se adelantó al Instituto Español de Emigración en la asistencia espiritual —porque de la otra que te vayan dando, so desgraciao— a nuestros emigrantes, qué bonita aquella película que salía en un barco y se iba del muelle, un buque de la Ybarra, y el Antonio Molina venga con la canción del emigrante, sin hablar de la balanza de pagos ni de los ingresos de divisas, sino de lo que debe ser...

...Y en el pecho un estandarte con los colores de España.

Como ya la Ybarra ha vendido los «Cabos» a una compañía india y los emigrantes no hablan de estandartes con los colores patrios, sino de la recesión que le está pegando el crujido al empleo de mano de obra extranjera en los países de la Comunidad Económica Europea (¡toma ya, como Pedro Wender en el Telediario!), pues resulta que se ha jubilado y dicen que para entretenerse se ha metido a Testigo de Jehová, así se evita que si lo operan en el Seguro le metan una transfusión para el chaleco con sangre de un donante altruista que quizá

por aquello de la solidaridad de la cruz azul —azul tenía que ser, si el Seguro lo inventó Girón— le metió quinientos centímetros cúbicos de hematies cirróticos al frasco estéril de la S. S. (También es cosa, mire usted, que el Seguro de Enfermedad lo inventara Girón y tenga por siglas «S. S.», ya es casualidad, macho...)

Así que cuando don Antonio se retiró, la casa Molina, que por lo visto se dedica a las minas, como Hunosa, pero sin accidentes de trabajo y sin paros en el pozo Nicolasa, que tiene nombre de puta de soldados de los tiempos de Prim, la casa Molina, decía (¡toma ya retórica!), descubrió otro filón: Angela Molina, hija de don Antonio. Y el consejo de administración, al igual que había dicho antes «esta voz es una mina», llegó a la conclusión de que «este cuerpo es una mina». Si habrán cambiado los tiempos que ya no son minas ni las del Rif ni la voz pasodoblera de don Antonio, sino un cuerpo serrano que se ha de comer la tierra.

Así que cuando Angela Molina declara «a él le debo cuanto soy» no sabe uno si se refiere a su padre, a su cuerpo, a su mina o la leche que mamó. Pero debe ser su señor padre, porque añade:

—Desde muy niña me enseñó que siempre hay algo que aprender. Y yo sólo quiero aprender...

Lo bueno no es lo que le enseñó Antonio Molina a Angela Molina. Lo bueno es lo que enseña Angela Molina al personal. Aunque Angela Molina tenga mucho que aprender, enseña más que aprende:

—Sí, soy partidaria del desnudo, siempre que esté hecho con calidad y arte y el personaje lo requiera...

## LAS MARAVILLOSAS NUBES

HACE poco más de una semana paseaba yo por Madrid decididamente borracho, hablando en francés. Nunca he llegado a saber por qué cuando me emborracho hablo en francés, empeño que me resulta más bien difícil incluso sobrio. Pero así son las cosas. Iba en ese estado que suele describirse como «loco de alegría» y que los viandantes considerarían probablemente como «loco» a secas. Y recitaba en voz alta aquello tan bonito de Baudelaire: «¡Amo las nubes..., las nubes que pasan..., allá lejos..., las maravillosas nubes!» Naturalmente, declamaba esto en francés; aquí lo traduzco por si la embriaguez de mi lector no es poliglota o, caso aún más reprehensible, por si me lee sobrio, lo que de hoy para siempre le desaconsejo. En ese dichoso trance tropecé, nunca mejor dicho, con un amigo apolítico que tengo, por aquello de que uno no es racista; iba dolorosamente despejado y me consideró con desaprobación. Me sujetó por un hombro, para detener mi oscilación, y me reconvinó así: «Por tu patente alcoholemia y por tus ridículos balbuceos sobre las nubes, deduzco que estás en plena crisis política, es decir, que eres víctima de un ataque de optimismo agudo. No te lames a engaño, todo arrebató político es optimista: en el poder, el triunfalismo es dogma y, en la oposición, esperanza. No hay política pesimista, porque el político siempre es glorificador de lo que hay, del Estado, aunque a veces éste se disimule como el Estado dichoso que hubo y debe volver o el Estado perfecto que habrá. Y sólo se confía en lo que hay, es decir, sólo se es optimista a favor de una ineptitud para la sospecha, de una incapacidad de renegar radicalmente...

Para el optimista político, valga la redundancia, todas las ocasiones son buenas para entusiasmarse: los avatares biológicos que sustituyen a los protagonistas del Gran Espectáculo, las promesas ambiguas que nos remiten al porvenir, cualquier remozamiento de fachada... ¡Siempre el mito del Tiempo, el Tiempo que se lleva a los malos y nos trae a los buenos, el Tiempo colaborador de nuestros anhelos! ¡Como si el Tiempo pudiera jamás sernos favorable! ¿Ves? Por eso soy yo apolítico: porque tengo al Tiempo por enemigo y desconfío de todos los favores que parece hacerme.»

—¡Es hora de embriagarse!—aullé, siempre en francés y obstinado en el padre de «Las flores del mal»—. Para no ser los esclavos martirizados del Tiempo, embriagaos; ¡sin cesar embriagaos! De vino, de poesía o de virtud, a vuestro antojo.

—¡Qué pesado estás!—y me solté tan bruscamente que casi me trago un buzón de correos—. Baudelaire mismo dijo también, como deberías recordar: «Bien pronto la irresistible indiferencia se abatió sobre mí, y me abrumó más pesadamente de lo que lo estaban todos los demás por sus aplastantes quimeras.»

Se alejó a grandes zancadas de maniático, mientras yo le hipaba cariñosamente al buzón de correos: «Pardon». ■ **SAVATER**

Angela lo enseña casi todo y lo aprende casi todo. De lo que enseña, para qué le vamos a contar. De lo que aprende, pues sí: expresión corporal, dición, ballet... Y quiere seguir aprendiendo. En cuanto que acabe de rodar con Jaime Camino «Las largas vacaciones del 36» se irá a Londres a aprender inglés.

Angela, hija, sigue aprendiendo, aunque mientras hagas películas en las que trabajes de criada andaluza en zona roja. Cuanto más se aprende, más se enseña. Y ese cuerpo tuyo es una mina, que me lo ha dicho a mí tu señor padre por tarantas de La Unión, que él sabe un rato de eso. Vamos, que no sé cómo no te cotizan en Bolsa, como Los Guindos y Ponferrada. Será por lo de testiga de Jehová que dicen de ti. Los agentes de cambio y bolsa son de lo más mirado para estas cosas. ■ T. M.

